

Desde el océano

Aunque cursé algunos talleres de Arquitectura, en forma paralela desarrollé los talleres de Diseño Industrial. La Escuela desde un inicio fue toda una fascinación: participar en la construcción de la maqueta del proyecto Avenida del Mar, escuchar a mis maestros arquitectos, poetas, escultores, diseñadores, donde la poesía se fundía con el hacer, produjo en mí «el encantamiento».

En 1970, se realizó la fundación de la Ciudad Abierta en las dunas de Ritoque, limitando con el océano Pacífico. Sabiendo mis profesores que yo contaba con una embarcación, me pidieron que hiciera el sondaje del estero y del brazo norte de la Ciudad Abierta; fue así que pasé dos semanas acampando y haciendo sondajes a bordo de mi bote, siendo el primer estudiante en habitar los terrenos en la más absoluta soledad, pasando las noches en compañía de las constelaciones. Me alimentaba con lo que pescaba en el estero y en la playa, además de machas, almejas que había en abundancia.

El día en que se me encargó el proyecto de título, estaba cerca del iglú de Boris Ivelic, en el primer taller de herramientas de la Ciudad Abierta, cuando llegó Godofredo Iommi, me tomó del brazo y me pidió que lo acompañara. Nos fuimos por las dunas y llegamos hasta Punta de Piedra, donde están las rompientes. Llevaba consigo un ejemplar de la *Divina comedia*, que abrió en el Canto XXXIII del Paraíso: «Un punto solo me causa más letargo que veinticinco siglos idos de la empresa que movió a Neptuno a admirar la sombra de Argos».

Tal como expresan esos versos, Neptuno se admira al ver la proyección de la sombra del primer barco que construyó el ser humano. Iommi no necesitó decir nada más; visualicé el encargo. A

partir de ese momento, estuve diez meses jugando con las olas para ver qué es lo que ellas me dirían. Así, fui quien por primera vez incursionó en el concepto de «maritorio», lo habité, me metí al mar y en medio de estas tremendas rompientes —que al principio dan miedo—, logré comprender lo que me decían las olas de cómo tenía que ser mi embarcación, alcanzando el islote rodeado de rocas siniestras.

Después de haber construido tres prototipos a escala real, el resultado fue una embarcación monocasco a remo para cruzar las rompientes, y ya fuera de ellas se separaba en dos para transformarse en catamarán. En el medio surgía una vela que se asemejaba a la aleta dorsal de un pez vela. Con ella, en **1971**, realicé una travesía desde la Ciudad Abierta hasta el Club de Yates frente a la casa de la Escuela en Recreo. Durante la travesía tuve un fuerte viento sur que me obligó a ceñir y tomar altura, internándome en el océano, lejos de la costa.

En la Escuela ocupé tres salas para exponer mi bitácora extendida en torno a las paredes, los dos prototipos antes realizados, maquetas, ensayo de materiales, y una máquina y las herramientas que diseñé para conformar a partir de un bloque de poliestireno expandido la última embarcación, fondeada en una de las boyas del club deportivo.

Hoy, a mis largos años, me he dedicado al diseño orientado a habitar las «extensiones oceánicas».

Juan Ciorba Vinz